

**ALGUNOS COMENTARIOS RADICALES SOBRE LA  
INTERPRETACIÓN:  
UNA PEQUEÑA HEREJÍA ES BUENA PARA EL ALMA**

**Nyberg, Kenneth L.**

*1996*



Queda autorizada la reproducción de este artículo, siempre que se cite la fuente, quedando excluida la realización de obras derivadas de él y la explotación comercial de cualquier tipo. El CENEAM no se responsabiliza del uso que pueda hacerse en contra de los derechos de autor protegidos por la ley. El Boletín Carpeta Informativa del CENEAM, en el que se incluye este artículo, se encuentra bajo una Licencia [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0](#)



No digas, "descorre la cortina para que pueda ver el cuadro". La cortina es el cuadro.  
Nikos Kazantzakis

En una de las descripciones más pretenciosas de la interpretación ambiental, *Carr* (1976) afirmó:

... no tener un interpretador en un parque es como invitar a alguien a tu casa, abrir la puerta, y desaparecer.

Al contrario que *Carr*, pienso que no tener un interpretador en un parque se parece más a volver a nuestra propia casa y no tener un vendedor esperándonos. De hecho, el punto esencial de mi tesis es que la interpretación ambiental no sólo es totalmente innecesaria, sino que, con bastante probabilidad, produce más daño que beneficio.

Existe una abundante literatura sobre los métodos y los medios para mejorar la interpretación ambiental. Lo que no se toma en consideración es la naturaleza del fenómeno en sí mismo; los interrogantes más radicales sobre ¿qué es, por qué existe y qué efectos ha provocado?. Para empezar, ofrezco tres breves respuestas para responder a estas tres breves preguntas. En el resto de este ensayo, desarrollaré más estas consideraciones.

Con respecto a la primera de estas preguntas -¿qué es la interpretación ambiental?- parece que el interpretador hace tres cosas: el interpretador cuenta a la audiencia lo que ésta ya sabe, o el interpretador cuenta a la audiencia lo que ésta no desea saber, o el interpretador cuenta a la audiencia más o menos de lo que debería saber. Lo que debemos recordar aquí es que el interpretador está siempre "contando" el medio ambiente a otros.

La segunda pregunta -¿por qué interpretación ambiental?- es incluso más sencilla de contestar. Habiendo considerado la cuestión de por qué tenemos interpretadores, he llegado a la única conclusión posible: el interpretador existe para que podamos estar seguros de que si un árbol cae en el bosque, hace ruido... es porque alguien está allí para escucharlo.

La tercera pregunta -¿cuáles son los grandes cambios que nos ha traído la interpretación ambiental?- resulta bastante más compleja, pero generalmente podemos contestar fijándonos en las placas colocadas en todo edificio imaginable. El interpretador, como Lot, sigue mirando de reojo el tiempo justo para ver como todo se convierte en sal. Ante él se tiende la calamidad, la peste y el libertinaje en la catedral.

Hay algo absolutamente audaz en el trabajo del interpretador ambiental. Igual que el portero que trata al dueño de la casa como a un inquilino -y a uno indeseable-, el interpretador trata de convencer a la audiencia de que la propia tierra es de él y que, si se porta bien, puede visitarla durante un rato. El término para describir esto en yiddish(1) es "chutzpah", que básicamente quiere decir "redomado caradura". Este caradura es redomado y, además, sin paliativos. Habiendo convencido al dueño de que no es el dueño, y habiéndole proporcionado un nuevo título ("visitante"), el interpretador procede a convencerle de que también es un ignorante. El visitante no ve, saborea, oye, siente o huele lo que ve, saborea, oye, huele o siente. En vez de eso, mal-mira, saborea, oye, siente o huele lo que "realmente" hay. Por tanto, el visitante no ve un bello y frondoso árbol retoñando, ni siquiera el "castaño de indias americano". El visitante percibe mal lo que, de hecho, es un *Aeusculus glabra*.

En resumen, el interpretador ambiental se dedica a "contar" la realidad, negando a los demás la inspiración de la especulación. Obstaculizar o impedir esta especulación es destruir la realidad. Citando a *T. S. Eliot* (1952:117) la realidad es:

*Una abstracción  
Permaneciendo una posibilidad perpetua  
Sólo en un mundo de especulación*

Y contándola, la posibilidad deja de ser posible. Contar la realidad niega la realidad y, a fin de cuentas, niega al propio hombre. Como indica el filósofo *Heidegger* (1961) la esencia humana nace de un triple acto de fundar un mundo (Grunden), descubrir las cosas-que-son (Shiften) y dotarlas de un sentido o significado (ontologische, Begrunden des Seienden). El interpretador, contando un significado, atenúa el descubrimiento y, finalmente, impide que los hombres funden un mundo.



Las realidades no son más que formas de conocimiento, cosas para ser conocidas. Cuando el interpretador cuenta su realidad, no la comparte con un igual. La cuenta de forma que ha de convertirse en la realidad de alguien más. Es un acto de violencia epistemológica, no es tan sólo decir "mi realidad es mejor que tu realidad" sino "mi realidad es realidad". Todo lo demás es ilusión.

Igual que el sacerdote que observaba que es casi imposible tener una experiencia religiosa durante una misa, definiendo que una experiencia ambiental es mucho más frecuentemente impedida por los programas interpretativos que facilitada. De hecho, siempre me ha resultado parecido a hacer el amor con una programación y con árbitro incluido. Cualquiera que sea el conocimiento técnico que el árbitro pueda aportar, difícilmente compensará la pérdida de pasión e intimidad. Resulta condenadamente difícil disfrutar de lo que uno hace mientras alguien no deja de gritarte instrucciones.

Burlas aparte, la cuestión de fondo permanece: ¿por qué programas de interpretación ambiental?. Es importante recordar que, al contrario que en el dilema del huevo y la gallina, es claro que el interpretador no precede ni al ambiente ni a los actores que hay en él. Y mucha más gente se ha beneficiado de un río sin interpretar que de uno interpretado. Si Dios hubiera deseado que hubiera programas interpretativos, Él o Ella habría etiquetado adecuadamente los árboles y los roquedos en primer lugar.

Esencialmente, la interpretación -la actividad del cuento- fue instituida para crear una necesidad, no para satisfacerla. Con anterioridad a las programaciones interpretativas esta responsabilidad era encomendada a incompetentes tales como padres, madres, amigos o, peor aún, a la imaginación y saber de cada cual. Esto llevaba de vez en cuando a crisis de conocimiento y fe tales como confundir un abeto de Douglas con un pino, las areniscas con las calizas o el pájaro carpintero con el somormujo. Tal angustia fue aliviada por la presencia del interpretador. Uno ya no tenía que descifrar algo cuando no lo conocía, o imaginárselo; alguien estaba allí para asumir esa responsabilidad. No solamente podíamos estar seguros de que el árbol es, de hecho, un abeto de Douglas, sino que también éramos inconmensurablemente mejorados -los programas interpretativos invariablemente mejoran- por el conocimiento de que un abeto de Douglas de 12 años regenera por término medio 11.156 agujas cada año, mientras que el somormujo ninguna.

No niego el hecho de que a mucha gente le gustan los programas interpretativos; prefieren que el mundo les sea contado. Sin embargo, generalmente, la gente a la que le gustan los programas interpretativos cree que el Northwest Passage fue abierto por Coleman y Winnebabo. Su idea de un área de acampada primitiva es un lugar en el que la televisión se recibe con interferencias y la máquina de hielos está, al menos, a 30 metros de distancia.

Se argumenta que necesitamos programas interpretativos para hacer frente a la demanda de la creciente población de visitantes. Una de las razones para esta creciente población de visitantes es el mayor número de programas interpretativos. Sugiero que cortemos la cabeza de la serpiente y dejemos que el cuerpo muera. Sencillamente, abandonemos todo programa interpretativo, desmantulemos toda área recreativa y chiringuito de refrescos, eliminemos toda placa, señal, cartel, flecha y área de descanso. ¿Qué ocurrirá? Básicamente, que menos gente acudirá a los parques, espacios naturales y bosques. Irán sólo aquellos realmente interesados, no como visitantes sino más bien como indigentes. Al fin y al cabo, ¿Dónde está escrito que todo el mundo necesita vivir una experiencia en la naturaleza, adecuadamente interpretada o no?

Si usted puede imaginar las consecuencias de mi propuesta entonces sabrá el ¿qué? ¿por qué? y ¿beneficio? de los programas interpretativos: pura economía keinesiana. De hecho, el único beneficio incuestionable de los programas interpretativos es que pueden ayudar a la promoción de parques en los que el turismo es esencial para la economía de la zona (Sharpe, 1976:9)

En este sentido, el interpretador se convierte en un lacayo de los intereses explotadores del burgués y -al menos que las tablas salariales hayan mejorado sustancialmente- como todos los lacayos, no participa en los beneficios del burgués.

¿Realmente veo los programas interpretativos como alentadores de Mala Fé (Sartre, 1957), jugando a la reductio absurdum con el medio natural y participando ingeniosamente en la explotación capitalista? La respuesta es sí. Un estudiante y -al menos, hasta ahora- un buen amigo, ha argumentado que el interpretador debería "...asumir un papel de apoyo a los servicios públicos de salud mental" (Phillip, 1976:12). Tomo esta sugerencia como una evidencia final de que tengo razón. Los interpretadores perciben su papel con exceso de ambición. Esto no es sólo ultrajante, sino también peligroso. Manipulan la vida -mental, física y espiritual- de la gente. Los interpretadores se han mudado de la profecía al

clero. Las proclamas de los intérpretes ya no son oraciones sino revelaciones. Y la cuestión es: ¿saben lo que están haciendo?

Estos comentarios pretenden ser un reto a la complacencia. Creo que es útil cuestionar la misma base de lo que hacemos -ir a las raíces, ser radical. Esto vale para la ciencia, la vida y los programas interpretativos también. Muy a menudo el propio viaje es más importante que el destino final. Utilizando una de las maravillosas citas de *James Agee*, "los tigres de la ira son más sabios que los caballos de la enseñanza" (1960:458); *Zaner* prosigue observando que:

Uno aprende poco, o nada si evita los principales tigres de su oficio o disciplina, incluso cuando permanecer con los caballos, apacibles y domesticados, pueda parecer más seguro. Es necesario, por tanto, entrar en la lucha; no para que yo finja enseñar, que es para caballos, sino para abordar los temas directamente, invitándote a pensar conmigo en el sentido de la crítica y sus demandas sobre el pensamiento. (1970:178)

Espero que este ensayo sirva como un catalizador para estas demandas sobre el pensamiento, y que los intérpretes dediquen su tiempo a la consideración crítica de la interpretación ambiental: ¿Qué es, por qué existe y que hemos logrado con ella? Necesitamos enfrentarnos a los tigres -aunque sea agarrarlos por el rabo- y considerar seriamente este tema que yo sólo he esbozado pobremente.

**NOTA del Traductor:** (1) El yiddish es un idioma hablado por los judíos del este de Europa y Norteamérica, basado en un alemán-hebreo con mezcla de polaco, francés e inglés.

## REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- **AGEE, J.** (1960). *Let us know praise famous men*. Houghton-Mifflin. Boston.
- **CARR, W.H.** (1976). en *Interpreting the environment*. G.W. Sharpe (ed.). John Wiley & Sons. New York.
- **ELIOT, T.S.** (1952). *The complete poems and plays, 1909-1950*. Harcourt Brace. New York.
- **HEIDEGGER, M.** (1961). *Being and time*. Harper & Row. New York.
- **PHILIP S.F.** (1976). Unpublished term paper. College Station. Texas A&M University.
- **SARTRE, J.** (1957). *Being and nothingness*. Citadel Press.
- **SHARPE, G.** (1982). *Interpreting the environment*. 2º ed. John Wiley & Sons. New York.
- **ZANER R.** (1970). *The way of phenomenology*. Pegasus. New York.